

Francisco Villa llorando

Ruggiero Romano

Villa fue sin duda uno de los hombres más fotografiados de la Revolución, quizás el más fotografiado. La imagen que reproducimos aquí es tanto más extraordinaria, cuanto la gran mayoría de los clichés fotográficos nos lo muestran siempre riendo o al menos sonriendo; y no es exagerado decir que, incluso cuando aparece serio o muy serio, en el fondo de sus ojos se distingue un destello malicioso.



El 8 de octubre de 1914, Francisco Villa acudió ante la tumba de Francisco Madero, a quien había querido profundamente. Pero fue un “amor no correspondido”, para retomar la feliz expresión de Friedrich Katz, porque a partir de cierto momento, Madero respondió a la devoción de Villa ignorándolo, dejándolo enmohecer en prisión y autorizando su liberación sólo cuando pensó que Villa libre podría serle más útil que preso. Creo que finalmente Villa comprendió la ambigüedad de Madero: para constatar que había empezado a entrever que su amor no era del todo correspondido, basta con la lectura de los mensajes que le hizo llegar desde su detención.

Y sin embargo, Villa consideró como una obligación sincera (y no de pequeña política) inclinarse sobre la tumba de su amigo y llorar como un niño desesperado, un año y medio después de su muerte (los hombres de Huerta mataron a Madero el 18 de febrero de 1913).

Es siempre difícil interpretar y todavía más imaginar cuales son los pensamientos de un hombre. A pesar de ello me permito proponer una suerte de lectura de lo que pensaba Villa en el instante en el cual la foto fue tomada.

Villa debió revivir en ese momento el extraordinario recorrido que lo condujo del estado de ilegalidad al de revolucionario. Sin duda Madero no había “traicionado” los ideales de la revolución que tan bien había explicado al Villa marginal para sumarlo a su causa. Mas aquél debió, sin



Fondo Casasola, *Francisco Villa llora ante el sepulcro de Madero*, 1914. Sinafo-INAH, núm. de inv. 6048

duda, aceptar compromisos. De ahí su ambigüedad hacia Villa. A pesar de todo, Villa supo que gracias a Madero, él pudo tomar conciencia de que la *valentía* podría también ser puesta al servicio de una gran causa. Madero lo envió a la cárcel, pero fue en esta prisión donde Villa aprendió a leer y donde se dio cuenta de la importancia, no sólo personal, individual, sino colectiva de la instrucción.¹ Fue asimismo a través de Madero que Villa aprendió que no sólo existe la fuer-

za para hacer valer su derecho, también estaba la ley. Por lo tanto, para Villa, estar ante la tumba de Madero, no solamente significó manifestar su dolor por la desaparición de un gran jefe revolucionario, sino también (¿sobre todo?) la del artesano de la gran transformación que, entre 1910 y 1913, hizo de él mismo un revolucionario: sus lágrimas fueron sobre todo expresión de la nostalgia por un momento fundador de su vida.

¹ Para permanecer dentro del contexto de los comentarios fotográficos, hago notar que en las cuantiosas fotografías de Villa después de 1913, con bastante frecuencia aparecen en el bolsillo superior

de sus chaquetones numerosos lápices, que Villa parece ostentar con orgullo.